

Las benignas palomas se defienden
y se recogen todas en oyendo
el bravo son del espantoso trueno.
El bosque y prado ameno,
si el cielo el agua clara no le envía,
la pide á gran porfía,
y á su contrario cada cual resiste;
sólo el amante triste
sufre su furia y ásperas hazañas,
y deja que deshagas sus entrañas.

Una pasión que no puede encubrirse,
ni puede con paabras declararse,
y un alma entre temor y amor metida.
Un siempre lamentar sin consolarse,
un siempre arder, y nunca consumirse,
y estar muriendo, y no acabar la vida.
Una pasión crecida,
que passa el que bien ama estando ausente,
y aquel dolor ardiente,
que dan los tristes celos y temores,
estos son los favores,
Amor, con que las vidas acompañas,
perdiendo y consumiendo las entrañas.

Arsileo, acabada la canción, de Syreno,
comenzó á tañer su rabel, y después de
haber tañido un rato, respondiendo particu-
larmente á cada estanza de su compe-
titor, cantó desta suerte:

ARSILEO

Mil meses dure el tiempo que colora.
matiza y pinta el seco y triste mundo,
renazcan hierbas, hojas, frutas, flores.
El suelo estéril hágase fecundo.
Ecco, que en las espesas sylvas mora,
responda á mil cantares de pastores.
Revivan los amores,
que el enojoso hibierno ha sepultado;
y porque en tal estado
mi alma tenga toda cumplimiento
de gozo y de contento,
pues las fatigas ásperas engañas,
benigno Amor, no dejes mis entrañas.

No presumáis, pastores, de gozaros
con cantos, flores, ríos, primaveras,
si no está el pecho blando y amoroso.
¿A quién cantáis canciones placenteras?
¿á qué sirve de flores coronaros?
¿cómo os agrada el río caudaloso

ni el tiempo deleitoso?
Yo á mi pastora canto mis amores
y le presento flores,
y assentando par della en la ribera
gozo la primavera,
y pues son tus dulzuras tan extrañas,
benigno Amor, no dejes mis entrañas.

La sabia antigüedad Dios te ha nombrado,
viendo que con supremo poderío
siempre ejecutas hechos milagrosos.
Por ti está un corazón ardiente y frío,
por ti se muda el torpe en avisado,
por ti los flacos tornan animosos.

Los dioses poderosos
en aves y alimañas convertidos,
y reyes sometidos
á la fuerza de un gesto y de unos ojos,
han sido los despojos
de tus proezas é ínclitas hazañas,
con que conquistas todas las entrañas.

Vivía en otro tiempo en gran torpeza
con simple y adormido entendimiento,
en codiciosos tratos ocupado.

Del dulce amor no tuve sentimiento
ni en gracia, habilidad y gentileza,
era de las pastoras alabado.

Agora coronado
estoy de mil victorias alcanzadas
en luchas esforzadas,
en tiros de la honda muy certeros,
y en cantos placenteros,
después que tú ennobleces y acompañas,
benigno Amor, mi vida y mis entrañas.

¿Qué mayor gozo puede recebirse,
que estar la voluntad de amor cautiva
y á él los corazones sometidos?

Que aunque algunos ratos se reciba
algún simple disgusto, ha de sufrirse
á vueltas de mil bienes escogidos.

Si viven afligidos
los tristes sin ventura enamorados
de estar atormentados,
echen la culpa al Tiempo y la Fortuna,
y no den queja alguna
contra ti, Amor, que con benignas mañas
tiernas y blandas haces las entrañas.

Mirad un gesto hermoso, y lindos ojos,
que imitan dos clarísimas estrellas:
que al alma envían lumbre esclarecida.

El contemplar la perfección de aquellas
manos, que dan destierro á los enojos,
de quien en ellas puso gloria y vida.
Y la alegría crecida,
que siente el que bien ama y es amado,
y aquel gozo sobrado
de tener mi pastora muy contenta,
lo tengo en tanta cuenta,
que aunque á veces te arrecias y te ensañas,
Amor, huelgo que estés en mis entrañas.

A todos generalmente fueron muy agra-
dables las canciones de los pastores. Pero
viniendo Eugerio á dar el prez al que me-
jor había cantado, no supo tan presto de-
terminarse. Apartó á una parte á Montano
para tomar su voto, y lo que á Montano
le pareció fué, que tan bien había cantado
el uno como el otro. Vuelto entonces EUGE-
RIO á Syreno y Arsileo, les dijo: Habili-
simos pastores, mi parecer es que fuisteis
iguales en la destreza y sin igual en todas
estas partes, y aunque el antiguo Palemón
resucitasse, no hallaría mejoría entre vues-
tras habilidades. Tú, Syreno, eres digno de
la copa de cristal, y tú también, Arsileo,
la mereces. De manera que sería haceros
agravio, señalar á nadie vencedor ni ven-
cido. Pues resolviéndome con el parecer de
Montano, digo que tú, Syreno, tomes la
copa cristalina, y á tí, Arsileo, te doy
esta otra de Calcedonia, que no vale me-
nos. A entrambos os doy copas de un
mesmo valor, entrambas de la vajilla de
Felicía, y á mi por su liberalidad presen-
tadas. Los pastores quedaron muy satisfe-
chos del prudente juicio y de los ricos
premios del liberal Eugerio, y por ello le
hicieron muchas gracias. A esta sazón AL-
CIDA, acordándose del tiempo pasado, dijo:
Si el error, que tanto tiempo me ha en-
gañado, hasta agora dudara, no consintie-
ra yo que Arsileo llevara premio igual con
el de Syreno. Mas agora que estoy libre
dél, y captiva del amor de Marcelio mi
esposo, por la pena que me da su ausencia,
estoy bien con lo que cantó Syreno, y por
el deleite que espero alabo la canción de
Arsileo. ¡Mas ay, descuidado Syreno!
guarda no sean las quejas que tienes de
Diana semejantes á las que tuve yo de
Marcelio, porque no te pese, como á mí,
del aborrecimiento. Sonrióse á esto Syre-

no, y dijo: ¿Qué más justas quejas se
pueden tener de una pastora que después
de haberme dejado tomar un desastrado
por marido? Respondió entonces ALCIDA:
Harto desastrado ha sido él, después que
á mí me vido, y porque vine á propósito,
quiero contarte lo que ayer, estorbada por
Felicía, no pude decirte, cuando hablába-
mos en las cosas de Diana. Y esto á fin
que deseches el olvido, sabiendo la desven-
tura que mi desamor le causó al malaven-
turado Delio. Ya te dije cómo estuve ha-
blando y cantando con Diana en la fuente
de los alisos, y cómo llegó allí el celoso
Delio, y luego tras él, en hábito de pastor,
el congojado Marcelio, de cuya vista quedé
tan alterada, que di á huir por una selva.
Lo que después me aconteció fué, que
cuando llegué á la otra parte del bosque,
sentí de muy lejos una voz que decía mu-
chas veces: *Alcida, Alcida, espera, espera*.
Pensé yo que era Marcelio, que me seguía,
y por no ser alcanzada con más ligera
corrida iba huyendo. Pero por lo que des-
pués sucedió, supe que era Delio, mari-
do de Diana, que tras mi corriendo venía.
Porque, como yo de haber corrido mucho,
viniese á cansarme, hube de ir tan á espa-
cio, que llegó en vista de mí. Conoscíle y
paréme, para ver lo que quería, no pen-
sando la causa de su venida, y él, cuando
me estuvo delante, fatigado del camino y
turbado de su congoja, no pudo hablarme
palabra. Al fin, con torpes y desbaratadas
razones me dijo que estaba enamorado de
mí, y que le quisiese bien, y no sé qué
otras cosas me dijo, que mostraron su poco
caudal. Yo réime dél, á decir la verdad, y
con las razones que supe decirle, procuré
de consolarle, y hacerle olvidar su locura,
pero nada aprovechó, porque cuanto más le
dije, más loco estaba. Por mi fe te juro,
pastor, que no vi hombre tan perdido de
amores en toda mi vida. Pues como yo
prosiguiese mi camino, y él siempre me
siguiese, llegamos juntos á una aldea que
una legua de la suya estaba, y como allí
viesse mi aspereza, y le desamparasse del
todo la esperanza, de puro enojo adolesció.
Fué hospedado allí por un pastor que le
conoscía, el cual luego en la mañana dió
aviso á su madre de su enfermedad. Vino
la madre de Delio con gran congoja y

mucha presteza, y halló su hijo que estaba abrasándose con una ardentísima calentura. Hizo muchos llantos, y le importunó le dijese la causa de su dolencia; pero nunca quiso dar otra respuesta, sino llorar y suspirar. La amorosa madre con muchas lágrimas le decía: ¡Oh, hijo mío! ¿qué desdicha es ésta? no me encubras tus secretos, mira que soy tu madre, y aun podrá ser que sepa de ellos algo. Tu esposa me contó anoche que en la fuente de los alisos la dejaste, yendo tras no sé qué pastora: dime si nasce de aquí tu mal, no tengas empacho de decirlo; mira que no puede bien curarse la enfermedad, si no se sabe la causa della. ¡O triste Diana! tú partiste hoy para el templo de Felicia por saber nuevas de tu marido y él estaba más cerca de tu lugar, y aun más enfermo de lo que pensabas. Cuando Delio oyó las palabras de su madre, no respondió palabra, sino que dió un gran suspiro, y de entonces se dobló su dolor; porque antes sólo el amor le aquejaba, y entonces fué de amor y celos atormentado. Porque como él supiese que tú, Syreno, estabas aquí en casa de Felicia, oyendo que Diana era venida acá, temiendo que no reviviesen los amores passados, vino en tanta phrenesía, y se le arreció el mal de tal manera, que combatido de dos bravísimos tormentos, con un desmayo acabó la vida, con mucho dolor de su triste madre, parientes y amigos. Yo cierto me dolí dél, por haber sido causa de su muerte, pero no pude hacer más, por lo que á mi contento y honra convenía. Sola una cosa mucho me pesa, y es que, ya que no le hice buenas obras, no le di á lo menos buenas palabras, porque por ventura no viniera en tal extremo. En fin yo me vine acá, dejando muerto al triste, y á sus parientes llorando, sin saber la causa de su dolencia. Esto te dije á propósito del daño que hace un bravo olvido, y también para que sepas la viudez de tu Diana, y pienses si te conviene mudar intento, pues ella mudó el estado. Pero espantóme que, según la madre de Delio dixo, Diana partió ayer para acá, y no veo que haya llegado. Atento estuvo Syreno á las palabras de Alcida, y como supo la muerte de Delio, se le alteró el corazón. Allí hizo gran

obra el poder de la sabia Felicia, que aunque allí no estaba, con poderosas hierbas y palabras, y por muchos otros medios procuró que Syreno comenzasse á tener afición á Diana. Y no fué gran maravilla, porque los influjos de las celestes estrellas tanto á ello le inclinaban, que pareció no ser nascido Syreno sino para Diana ni Diana sino para Syreno.

Estaba la sapientísima Felicia en su riquísimo palacio, rodeada de sus castas Nymphas obrando con poderosos versos lo que á la salud y remedio de todos estos amantes convenía. Y como vió desde allí con su sabiduría que ya los engañados Montano y Alcida habían conocido su error, y el esquivo Syreno se había ablandado, conoció ser ya tiempo de rematar los largos errores y trabajos de sus huéspedes con alegres y no pensados regocijos. Saliendo de la sumptuosa casa en compañía de Dorida, Cyntia, Polydora y otras muchas Nymphas, vino al amenísimo jardín, donde los caballeros, damas, pastores y pastoras estaban. Los primeros que allí vió fueron Marcelio, Don Felix, Felixmena, Sylvano, Selvagia, Diana é Ismenia, que á la una parte del vergel en el pradedillo, como dije, junto á la puerta principal estaban assentados. En ver llegar á la venerable dueña todos se levantaron y le besaron las manos, donde tenían puesta su esperanza. Hizoles ella benigno recogimiento, y señalóles que la siguiesen, y ellos lo hicieron de voluntad. Felicia seguida de la amorosa compañía, travesado todo el jardín, que grandísimo era, vino á la otra parte dél, á la fuente donde Eugerio, Polydoro, Alcida, Clenarda, Syreno, Arsiléo, Belisa y Montano estaban. Alzáronse todos en pie por honra de la sabia matrona; y cuando Alcida vió á Marcelio, Syreno á Diana y Montano á Ismenia, se quedaron atónitos, y les pareció sueño ó encantamiento, no dando crédito á sus mismos ojos. La sabia, mandando á todos que se assentasen, mostrando querer hablar cosas importantes, sentada en medio de todos ellos en un escaño de marfil habló desta manera: Señalado y hermoso ajuntamiento. Llegada es la hora que determino daros á todos de mi mano el deseado contentamiento, pues á esse fin por diferentes

medios y caminos os hice venir á mi casa. Todos estáis aquí juntos, donde mejor podré tratar lo que á vuestra vida satisfice. Por esso, yo os ruego que os contentéis de mi voluntad y obedezcáis á mis palabras. Tú, Alcida, quedaste de tu sospecha desengañada por relación de tu hermana Clenarda. Conocido tenía que, después que desechaste aquel cruel aborrescimiento, sentías mucho estar ausente de Marcelio. Ofreciste que esta ausencia no sería larga, y ha sido tan corta, que al tiempo que della te me quejabas, estaba ya Marcelio en mi casa. Agora le tienes delante tan firme en su primera voluntad, que si á ti placera, y á tu padre y hermanos les estará bien, se tendrá por dichoso de efectuar contigo el prometido casamiento; el cual, allende que por ser de tan principales personas ha de dar grande regocijo, le dará más cumplido á causa de la hermana Felixmena, que Marcelio después de tantos años halló en mi casa. Tú, Montano, de la mesma Sylveria que te engañó, quedaste avisado de tu error. Llorabas por haber perdido tu mujer Ismenia; agora viene á vivir en tu compañía, y á dar consuelo á tu congoja. después que por toda España con grandes peligros y trabajos te ha buscado. Falta agora que te dé remedio, hermosa Diana. Mas para ello quiero primero avisarte de lo que Syreno y algunos destes pastores por relación de Alcida saben, aunque sea cuento que ha de lastimar tu corazón. Tu marido Delio hermosa pastora, como plugo á las inexorables Parcas, acabó sus días. Bien conozco que tienes alguna razón de lamentar por él, pero en fin, todos los hombres están obligados á pagar ese tributo, y lo que es tan común no debe á nadie notablemente fatigar. No llores, hermosa Diana, que me rompes las entrañas en verte derramar essas dolorosas lágrimas: enjuga agora tus ojos, y consueta agora tu dolor. No vistas ropas de luto ni hagas sobrado sentimiento, porque en esta casa no se sufre largo ni demasiado llanto, y también porque mejor ventura de la que tenías te tiene el cielo guardada. Y pues á lo hecho no se puede dar remedio, á tu prudencia toca agora olvidar lo passado y á mi poder conviene dar orden en lo

presente. Aquí está tu amador antiguo Syreno, cuyo corazón por arte mía, y por la razón que á ello le obliga, está tan blando y mudado de la passada rebeldía como es menester para que sea contento de casarse contigo. Lo que te ruego es que obedezcas á mi voluntad, en cosa que tanto te conviene: porque, aunque parezca hacer agravio al marido muerto casarse tan presuntamente, por ser cosa de mi decreto y autoridad, no será tenida por mala. Y tú, Syreno, pues comenzaste á dar lugar en tu corazón al loable y honesto amor, acaba ya de entregarle tus entrañas, y efectúese este a'egre y bien afortunado casamiento, al cumplimiento del cual son todas las estrellas favorables. Todos los restantes que en este deleitoso jardín tenéis aparejo de contentamiento, alegrad vuestros ánimos, moved regocijados juegos, tañed los concertados instrumentos, entonad apacibles cantares y entended en agradables conversaciones, por honra y memoria destes alegres desengaños y venturosos casamientos. Acabada la razón de la sabia Felicia, todos fueron muy contentos de hacer su mandado, pareciéndoles bien su voluntad y maravillándose de su sabiduría. Montano tomó por la mano á su mujer Ismenia, juzgándose entrambos dichosos y bienaventurados; y entre Marcelio y Alcida y Syreno y Diana fué al instante solemnizado el honesto y casto matrimonio, con la firmeza y ceremonia debida.

Los demás, alegres de los felices acontecimientos, movieron grandes cantos. Entre los cuales ARSILEO, por la voluntad que á Syreno tenía, y por la amistad que había entre los dos, al son de su rabel cantó en memoria del nuevo casamiento de Syreno lo siguiente:

Versos franceses.

De flores matizadas se vista el verde prado
retumbe el hueco bosque de voces delei-
[tosas,
olir tengan más fino las coloradas rosas,
floridos ramos mueva el viento sossegado.
El río apressurado
sus aguas acrescente,
y pues tan libre queda la fatigada gente

de congojoso llanto, [canto.
moved, hermosas Nymphas, regocijado

Destierre los ñublados el preñu gente día,
despida el alma triste los ásperos dolores,
esfuercen más sus voces los dulces rui-
Y pues por nueva vía [señores.
con firme casamiento,
de un desamor muy crudo se saca un gran
vosotras entre tanto [contento,
moved, hermosas Nymphas, regocijado
[canto.

¿Quién puede hacer mudarnos la voluntad
[constante,
y hacer que la alma trueque su firme pre-
[supuesto?
¿quién puede hacer que amemos aborres-
[cido gesto
y el corazón esquivo hacer dichoso amante?
¿Quién puede á su talante
mandar nuestras entrañas,
sino la gran Felicia, que obrado ha más
que la Thebana Manto? [hazañas
moved, hermosas Nymphas, regocijado
[canto.

Casados venturosos, el poderoso cielo
derrame en vuestros campos influjo favo-
[rable,
y con dobladas crías en número admirable
vuestros ganados crezcan cubriendo su
No os dañe el crudo hielo [ancho suelo.
los tiernos chivaticos,
y tal cantidad de oro os haga entrambos
que no sepáis el cuánto; [ricos,
moved, hermosas Nymphas, regocijado
[canto.

Tengáis de du'ce gozo bastante cumpli-
[miento
con la progenie hermosa que os salga
[parecida,
más que el antiguo Néstor tengáis la 'arga
[vida,
y en ella nunca os pueda faltar conten-
Moviendo tal concontento [tamiento;
por campos encinales,
que ablande duras peñas y á fieros ani-
cause crecido espanto: [males
moved, hermosas Nymphas, regocijado
[canto.

Remeden vuestras voces las aves amorosas,
los ventecicos suaves os hagan dulce
[fiesta,
alégrese con veros el campo y la floresta,
y os vengan á las manos las flores olo-
Los lirios y las rosas, [rosas.
jazmín y flor de Gnido,
la madre selva hermosa y el arrayán flo-
narcisso y amaranto; [rido,
moved, hermosas Nymphas, regocijado
[canto.

Concorde paz os tenga contentos muchos
[años,
sin ser de la rabiosa sospecha atorment-
[tados,
y en el estado alegre viváis tan reposados,
que no os cause recelo Fortuna y sus
En montes más extraños [engaños.
tengáis nombre famoso;
mas porque el ronco pecho tan flaco y
repose agora un cuanto. [temeroso
dad fin, hermosas Nymphas, al deleitoso
[canto

Al tiempo que Arsileo acabó su canción se movió tan general regocijo, que los más angustiados corazones alegrara. Comenzaron las deleitosas canciones á resonar por toda la huerta, los concertados instrumentos levantaron suave armonía, y aun parecía que los floridos árboles, el caudaloso río, la amena fuente y las cantadoras aves, de aquella fiesta se alegraban. Después que buen rato se hubieron empleado en esto, pareciéndole á Felicia ser hora de comer, mandó que allí á la fuente, donde estaban, se trajese la comida. Luego las ninfas obedeciéndole proveyeron lo necesario, y puestas las mesas y aparadores á la sombra de aquellos árboles, sentados todos conforme al orden de Felicia, comieron, servidos de sabrosas y delicadas viandas en vasos de muchísimo valor. Acabada la comida, tornando al comenzado placer, hicieron las fiestas y juegos que en el siguiente libro se dirán.

Fin del libro cuarto.

LIBRO QUINTO

DE DIANA ENAMORADA

Tan contentos estaban estos amantes en el dichoso estado, viéndose cada cual con la deseada compañía, que los trabajos del tiempo pasado tenían olvidados. Mas los que desde aparte miramos las penas que les costó su contentamiento, los peligros en que se vieron y los desatinos que hicieron y dijeron antes de llegar á él, es razón que vamos advertidos de no meternos en semejantes penas, aunque más cierto fuese tras ellas el descanso, cuanto más siendo tan incierto y dudoso, que por uno que tuvo tal ventura se hallan mil cuyos cargos y fatigosos trabajos con desesperada muerte fueron galardonados. Pero dejado esto aparte, vengamos á tratar de las fiestas que por los casamientos y desengaños en el jardín de Felicia se hicieron, aunque no será posible contarlas todas en particular. Felicia, á cuyo mandamiento estaban todos obedientes, y en cuya voluntad estaba el orden y concierto de la fiesta, quiso que el primer regocijo fuese bailar los pastores y pastoras al son de las canciones por ellos mismos cantadas. Y así, sentada con Eugerio, Polydoro, Clenarda, Marcelio, Alcida, Don Felix y Felixmena, declaró á los pastores su voluntad. Levantáronse á la hora todos, y tomando Syreno á Diana por la mano, Sylvano á Selvagia, Montano á Ismenia y Arsileo á Belisa, concertaron un baile más gracioso que cuantos las hermosas Dryadas ó Napeas, sueltas al viento las rubias madejas del oro finísimo de Arabia, en las amenísimas florestas suelen hacer. No se detuvieron mucho en cortesías sobre quién cantaría primero, porque como Syreno, que era principal en aquella fiesta, estuviese algo corrido del descuido que hasta entonces tuvo de Diana, y el empacho dello le hubiese impedido el disculparse, quiso cantando decirle á Diana lo que la vergüenza le había consentido razonar. Por eso sin más aguardar, respondiéndole los otros, según la costumbre, cantó así:

Canción.

Morir debiera sin verte,

hermosísima pastora,
pues que osé tan sola un hora
estar vivo y no quererte.

De un dichoso amor gozara,
dejado el tormento aparte,
si en acordarme de amarte
de mi olvido me olvidara.
Que de morirme y perderte
tengo recelo, pastora,
pues que osé tan sola un hora
estar vivo y no quererte.

En diferente parecer estaba Diana. Porque como aquel antiguo olvido que tuvo de Syreno con un ardentísimo amor le había cumplidamente satisfecho, y de sus pasadas fatigas se vió sobradamente pagada, no tenía ya por qué de sus descuidos se lamentasse; antes hallando su corazón abastado del posible contentamiento y libre de toda pena, mostrando su alegría é increpando el cuidado de Syreno, le respondió con esta canción:

Canción.

La alma de alegría salte;
que en tener mi bien presente
no hay descanso que me falte,
ni dolor que me atormente.

No pienso en viejos cuidados;
que agravia nuestros amores
tener presentes dolores
por los olvidos pasados.
Alma, de tu dicha valte;
que con bien tan excelente
no hay descanso que te falte,
ni dolor que te atormente.

En tanto que Diana dijo su canción, llegó á la fuente una pastora de extremadísima hermosura, que en aquella hora á la casa de Felicia había venido, é informada que la sabia estaba en el jardín, por verla y hablarla, allí había venido. Llegada donde Felicia estaba, arrodillada delante della, le pidió la mano para se la besar, y después le dijo: Perdonar se me debe, sabia señora, el atrevimiento de entrar aquí sin tu licencia, considerando el deseo que tenía de verte y la necesidad que tengo de